

PAISAJE Y MEMORIA EN LA PATAGONIA AUSTRAL:
SENSIBILIDADES POÉTICAS EN DISPUTA¹

*LANDSCAPE AND MEMORY IN THE PATAGONIA AUSTRAL:
POETIC SENSIBILITIES IN DISPUTE.*

Sergio Mansilla Torres
Universidad Austral de Chile
changuitad@gmail.com

RESUMEN:

A partir del contraste “mistificación/ historización” –una tensión abierta, de límites inestables– se traza una aproximación a constelaciones de sensibilidades poéticas de un sector de la poesía magallánica reciente. El propósito es elucidar ciertas estructuras de sentimiento que circulan por textos, los que, siendo distintos, confluyen en la práctica de ajustar la imaginación poética a la omnipresencia del paisaje y la memoria trágica. Circulación conflictiva en tanto el ajuste imaginativo acontece como un desalojo a medias de aquellas discursividades celebratorias de un paisaje simbólicamente puesto al servicio de la “épica de la colonización” y del progreso.

PALABRAS CLAVE: Poesía patagónica, paisaje poético, memoria, estructuras del sentir.

¹ Este trabajo forma parte de la ejecución del proyecto FONDECYT 1110026. La primera sección de este artículo se expuso y discutió en el coloquio “El imaginario y las prácticas discursivas en la construcción del espacio textual” realizado en el marco del XVIII Congreso Internacional de la Sociedad Chilena de Estudios Literarios (SOCHEL), Osorno, Chile, Universidad de Los Lagos, noviembre de 2012.

ABSTRACT:

Beginning with the contrast “mystification/historization” –an open tension, of unstable limits–, we demark an approximation to constellations of poetic sensibilities of a sector of recent magellanic poetry. The purpose is to elucidate certain structures of feeling that circulate in these texts, which, while being different, converge in the practice of adjusting the poetic imagination to the omnipresence of a tragic landscape and memory. This circulation is conflictive due to an imaginative adjustment that occurs as a partial eviction of those celebratory discursivities of a landscape symbolically placed at the service of “an epic of colonization” and of progress.

KEY WORDS: Patagonian poetry, Poetic landscape, Memory, Structures of feeling.

Recibido: 30 de noviembre de 2012 Aceptado: 30 de abril de 2013

CUESTIONES DE PERSPECTIVA

Tal como sugiere Raymond Williams, el perfilamiento de una determinada cartografía de las estructuras de sentir no pasa solo por reconocer ciertas ideas y representaciones matrices dominantes en una obra específica.² La cuestión es situar a éstas en sus puntos de contrastes, en sus zonas fronterizas, atendiendo tanto a las contradicciones ideológicas internas del propio sistema poético del que se trate así como a aquellos aspectos ignorados, obliterados o apenas insinuados, pero que la evidencia histórica indica que han sido sustantivos en la construcción de aquel entorno de realidad humana del que la literatura se vuelve a la vez su registro, su respuesta-propuesta, su emergencia discursiva en la arena política de las representaciones. Williams, a la hora de encarar la relación campo ciudad, crucial para su análisis de la literatura inglesa en trato con la transformación de la sociedad británica como consecuencia del avance y consolidación del capitalismo industrial moderno, anota:

² “Structure of feeling” es la expresión original de Williams, que se ha traducido al castellano como “estructura del sentir” o “estructura de sentimiento”. Usaremos indistintamente ambas traducciones. Graciela Montes, al describir la noción de estructura del sentir, anota: “es algo así como el tono, la pulsión, el latido de una época. No tiene que ver sólo con su conciencia oficial, sus ideas, sus leyes, sus doctrinas, sino también, además, con las consecuencias que tiene esa conciencia en la vida mientras se la está viviendo. Algo así como el estado de ánimo de toda una sociedad en un período histórico. Algo que se palpa y nunca se atrapa del todo, pero que suele quedar sedimentado en las obras de arte. A eso llama Williams estructura de sentimiento. Esta estructura de sentimiento, aunque intangible, tiene grandes efectos sobre la cultura, ya que produce explicaciones y significaciones y justificaciones que, a su vez, influyen sobre la difusión, el consumo y la evaluación de la cultura misma” (web).

[...] la eventual estructura de sentimiento [idealización del pasado rural que delataría un “profundo deseo de estabilidad”] no se basa solo en la idea de un pasado más feliz. Se inspira además en esa otra idea, asociada a la primera, de inocencia: la inocencia rural de los poemas pastorales, neopastorales y reflexivos. La clave para analizarlos es el contraste de la vida de campo con la de la ciudad y la corte: aquí la naturaleza, allá la vida mundana. Esta oposición se logra, a menudo, con el mero recurso de suprimir el trabajo campestre y las relaciones de poder a través de las cuales se organiza ese trabajo [...] Pero en ese contraste hay otros elementos. Los medios de producción agrícola –los campos, los bosques, los cultivos, los animales– son atractivos para el observador, y en muchos sentidos, durante las estaciones benignas, para los hombres que trabajan en ellos o en contacto con ellos (75).

Como se ve, el contraste no es una “categoría” introducida por el analista. Es el reconocimiento de un cierto sistema de oposiciones y diferencias radicado en la literatura misma, el que requiere ser desplegado y esculpado en términos de visibilizar las laminaciones ideológicas e históricas provocadas por la retórica del discurso y separar los ruidos semánticos de manera que se oiga también el murmullo de quienes, bajo el manto de la estética, hablan desde su historicidad radical: aquella que tensiona y desafía el efecto de desrealización presente en cualquier formalización literaria que negocia con un horizonte de realidad definido. La tensión y el desafío se vuelven todavía más urgentes cuando la literatura asume tareas que podríamos llamar (re)fundacionales; vale decir, cuando cumple una función constructora de identidad por lo que convoca no solo a una literatura previa (a menudo inexistente o escasa en el entorno local inmediato) sino a multiplicidades discursivas entre las cuales los textos históricos, cronísticos, científicos, geográficos, hasta la oralidad frecuentemente arrumbada en el desván de los desechos del progreso, cobran un valor de uso literario inmenso. Son discursividades que se tornan imprescindibles para la construcción de un imaginario estético comprometido con aquel sector de realidad del que la literatura pasa a ser su discurso inaugural (en el ámbito estético al menos).

Es el caso de lo que aquí llamaremos literatura patagónica, circunscrita en esta oportunidad a los territorios de Magallanes y Antártica. Como el propósito que nos anima no es delinear una descripción de temas ni menos un panorama de obras y autores, ensayaremos una especie de incisión en el sistema escritural de un sector (pequeño) de la literatura patagónica contemporánea, particularmente la que trata con lugares; la idea es que el corte deje al descubierto cierto contraste a partir del cual se puedan describir algunas corrientes de significación y sentimiento, subterráneas y de superficie. No obstante la parcialidad del recorte, nos asiste la fundada sospecha de que las estructuras del sentir que logramos perfilar tienen alcances transtextuales y han persistido, de un modo u otro, en las tramas discursivas de lo patagónico a lo largo de todo el siglo XX y lo que va del XXI.

Son estructuras que entran en el juego de la representación vivencial del territorio mundo patagónico, cuya complejidad, para nuestros efectos, la decantamos en paisaje y memoria histórica. Es a través de estas categorías que muchas realidades locales ingresan a la escena poética conformando una trama de especificidades textuales de poderosos alcances identitarios. Williams hace de la relación/tensión campo-ciudad el parte aguas de su análisis acerca de las estructuras del sentir que se decantan en la literatura inglesa moderna, leída ésta como documento que registra la compleja historia de los modos de sentir e imaginar el mundo en el contexto de la emergencia y consolidación del capitalismo industrial británico. En nuestro caso, propondremos como pivote de análisis el contraste *mistificación vs. historización*, expresiones que menos que designar “categorías” aluden a una dinámica de significaciones que circulan entre la “literaturización” alienante de los paisajes y la memoria y su “desliteraturización”: la tendencia –y acaso la necesidad– de confrontar la imaginación poética con materialidades históricas y territoriales que devienen lugares de elocución tanto como referentes del discurso. Entendamos, pues, la dualidad *mistificación/historización* como condición metodológicas para elaborar una cierta cartografía de las estructuras del sentir que configuran una determinada narratividad literaria de lo patagónico.

Al hablar del contraste *mistificación/historización* aludimos a evocaciones de entornos patagónicos que comportan actitudes de idealización de paisajes, de lugares, de personajes paradigmáticos (apelando, por ejemplo, a la idea del esfuerzo épico del migrante que consiguió poblar territorios de naturaleza singularmente hostil) y, a la vez, de recusación de un mundo esencialmente violento, feroz, en el que la práctica genocida y su posterior blanqueamiento ideológico halló una tierra fértil (blanqueamiento desmitificado precisamente por la literatura). Hablamos de *mistificación* como un modo de referirnos a una idealidad que instala un pasado lo suficientemente vago como para imaginarlo anterior a toda historicidad, que reclama o invita a una especie de eterno retorno *in extremis* a lo primigenio, a lo natural incontaminado. *Mistificación* es la “historia” que la historia efectivamente acontecida ha arrojado a los evanescentes territorios del deseo, de la fantasía evocadora, de la emocionalidad gratificante y hasta hierática. Se trata, pues, de atender a aquellas matrices discursivas que trabajan a favor de la laminación de contradicciones, de suturar artificiosamente desgarros históricos y morales. Mas, se trata también de lo contrario.

En un territorio como el de la Patagonia, en el que el paisaje tiene un peso insoslayable en la conformación de la subjetividad, lo que puede llamarse historia no es separable de la geografía en la que ésta acontece. La geografía se la vive como una poderosa experiencia de lugar en la que se intersectan por doquier la desmesurada y apabullante belleza natural propia de estos confines del mundo con el horror característico de una tierra sin ley en la que las pasiones, la violencia, la dureza de los sentimientos parecieran prevalecer sin contrapeso. La memoria trágica de la historia no es, entonces, separable de la geografía, aunque este matrimonio esté a veces más

unido por la complicidad que por el amor a la hora de hacer sentido sobre los destinos humanos en geografías en las que literalmente termina el mundo habitado.

Consignemos que la Patagonia, desde mediados del siglo XIX y prácticamente por todo el siglo XX, ha sido, y aún es, el territorio en el que se han manifestado de manera singularmente descarnada conflictos y contradicciones de una modernidad capitalista que siempre ha sido expansiva, violenta, colonizadora, pero, al mismo tiempo, poderosamente seductora por su promesa de bienestar, progreso, riqueza, secularización emancipatoria. La memoria de la expansión y colonización del Estado chileno (en rigor, de empresarios amparados por el Estado nacional) en los territorios magallánicos está demasiado fresca; su dimensión trágica, recurrentemente enfatizada en la poesía patagónica de los últimos 30 años, constituye una marca identitaria de origen que en gran medida sobredetermina los signos ideológicos y emocionales a la hora de tratar con la memoria, tanto en la literatura como en la historiografía.

La Patagonia austral, a la vuelta de 1900, es territorio límite, confín civilizatorio, en el que se consolida la última expansión territorial del Estado chileno, la que se ejecuta contra las poblaciones nativas indígenas, contra la naturaleza en la medida en que se la pone al servicio de la expansión industrial; lugar de alianzas estratégicas entre las élites políticas y militares del Estado nación y las élites económicas locales encargadas de instalar, a sangre y fuego si es necesario (con la presta ayuda del Estado por supuesto), la industria y los mercados en aquellos territorios recientemente incorporados o en vías de incorporación al territorio nacional. Los habitantes nativos no cuentan más que como obstáculos que de un modo u otro habrá que erradicar o, a lo sumo, tolerar siempre que se conviertan en marginales inofensivos (en la Patagonia el etnocidio, el desplazamiento y concentración forzada de población indígena y los intentos más o menos fallidos de evangelización de los nativos, anglicana primero y católica después, fueron de la mano). Tampoco importó la clase obrera, salvo como imprescindible y sobreexplotada mano de obra de la industria lanera y cárnea que rápidamente se desarrolló en las grandes estancias patagónicas. De manera que ante sus reclamos sindicales, también muy rápidamente fueron víctimas de sangrientas represiones ejecutadas por las fuerzas armadas nacionales y materialmente apoyadas por los estancieros y empresarios locales.³

³ En materia de represiones obreras, famosa y traumática es la huelga de trabajadores anarcosindicalistas en la provincia argentina de Santa Cruz en 1920-21 que se saldó con una brutal represión militar que produjo, se estima, unos 1500 obreros muertos, muchos de ellos chilenos (chilotes). La literatura magallánica no ha estado ajena a este trágico episodio; Francisco Coloane lo recrea en su clásico relato "De cómo murió el chilote Otey" y más recientemente Pavel Oyarzún hace lo propio en su novela *El Paso del Diablo*. Por el lado chileno, es conocida la masacre de la Federación Obrera de Punta Arenas el 27 de julio de 1920. La Patagonia

El paso previo a todo esto fue, como ya es sabido, declarar a los territorios patagónicos disponibles para su ocupación y colonización (ya se había hecho antes con la Araucanía), entendiendo que la colonización habría de ser un proceso llevado adelante por privados con apoyo estatal. Se generan así las condiciones para la aparición de una élite económica y política, cuyos miembros, en sus inicios, fueron unos inmigrantes en búsqueda de nuevas oportunidades; otros fueron aventureros caza fortunas y aun bandidos que consiguen hacerse de recursos y de cuotas de mercados con las que velozmente amasan fortunas que les permiten consolidar posiciones de control del devenir histórico local y aun nacional.⁴

La preocupación última de estas reflexiones es responder a la pregunta ¿cómo el capitalismo, chileno y estatal en lo político, transnacional y privado en lo económico, transformó los territorios patagónicos desde que en 1843 la goleta “Ancud”, con 23 tripulantes, arribara a las costas del canal de Magallanes (Punta Santa Ana) con el fin de fundar la primera colonia en Magallanes, la primera “avanzada del progreso”?⁵ En primera instancia, una pregunta como ésta invita a un estudio histórico de las transformaciones económicas, demográficas, políticas, de despoblamiento y repoblamiento de los territorios patagónicos. Sin embargo, nuestra línea de reflexión avanza en una dirección algo diferente: ¿cómo el capitalismo, aquel que hizo posible la colonización magallánica, crea y transforma condiciones materiales para el surgimiento de ciertas estructuras de sentimiento que se vuelven constitutivas de aquella imaginación poética que está en la base de narrativas literarias sobre la geografía, el paisaje, la historia, las vidas individuales? Esta pregunta, más acotada que la anterior, sigue siendo todavía demasiado vasta para los propósitos de esta aproximación en particular, los cuales se remiten nada más a trazar los contornos de un cierto campo de sensibilidades en curso en el que se inscriben y configuran determinadas representaciones poéticas de la identidad patagónica propias del entorno magallánico. No habría que perder de vista,

chilena y argentina desde hace más de un siglo ha sido un territorio recurrentemente afectado por la violencia de los Estados nacionales y también por agentes privados (Cf., por ejemplo, *Patagonia: resistencias populares. A la recolonización del continente*).

⁴ Los poetas y novelistas magallánicos a la vuelta del siglo XXI que escriben, revisan y revisitan este origen sangriento e implacable son descendientes de este momento fundacional de la modernidad magallánica. Sus escrituras, en la medida en que dan cuenta de (y arreglan cuentas con) singularidades patagónicas (paisaje, genocidio histórico, masacres obreras, etc.), son actos (re)fundacionales de una cierta identidad estética de la Patagonia conformada desde y con el trauma de la memoria trágica tanto como con la visión a veces cósmica, a veces pastoral, de los paisajes.

⁵ Se funda, en efecto el Fuerte Bulnes, “el primer establecimiento permanente en la vastedad patagónica, avanzada inicial de la colonización nacional y de la civilización en las regiones del sur” (Martinic 46).

sin embargo, estas preguntas rectoras, pues su retención nos provee de alguna garantía de que el contraste que hemos perfilado más arriba no se reduzca a una dualidad que termine siendo apenas una fórmula estática para simple descripción de una serie de motivos y temas de ciertas escrituras literarias de la Patagonia.⁶

PAISAJES PATAGÓNICOS Y ANTÁRTICOS: LA EDAD ADÁNICA

“¿Cómo se inscribe emocionalmente un espacio, que es a un tiempo geografía y vida? ¿Un lugar habitado y vivido? ¿Desde qué lugar se reconoce en el hablante patagónico la pertenencia a esos paisajes desmesurados?” Son preguntas que Oscar Galindo se plantea a propósito de *Inscripción emocional del fiordo patagónico*, de Pedro Paredes. Y agrega: “Paredes escribe este libro en la mejor tradición de la literatura patagónica: la de la mirada. Como un transeúnte de los canales, como un sorprendido observador de las catedrales de piedra y hielo, como un conciudadano de la fauna marina, el poeta recorre el mapa de los sueños” (contraportada).

La descripción de Galindo nos hace pensar en el flâneur de Baudelaire de pronto transportado a los canales magallánicos, espectador asombrado de la magnificencia y desmesura de los paisajes a la vez que protagonista de un viaje de reconocimiento de las geografías interiores del sujeto hablante; en rigor, un (re)encuentro consigo mismo mediado por la experiencia de un viaje geográfico que emula al de los antiguos exploradores de la *terra incognita*. *Inscripción emocional*... está conformado por un conjunto de poemas que apuestan por un lenguaje entre simbolista y surrealista al servicio, podríamos decir, de una visión sublime del paisaje. Los poemas, además, se combinan con una serie de fotografías a todo color en las cuales las bellezas del fiordo patagónico se proyectan como invitantes escenas para la contemplación cuasi religiosa de iconos naturales. En este libro los paisajes patagónicos son convocantes de una especie de experiencia mística secular; en ellos se contempla el misterio y grandeza del universo, por lo que la unificación emocional entre sujeto y paisaje es al mismo tiempo un modo de disolver, imaginariamente se entiende, la pequeñez del primero alcanzando algo así como una liquidez absoluta, informe en sí misma, cuya naturaleza pasa a ser tan desmesurada, tan primaria y apabullante, como la del paisaje evocado.

La edad adánica de la fantasía poética puede tomar formas sorprendentes. El fiordo Patagónico, según palabras de Paredes, “es poesía escrita a cincel de un Dios errante” (9), poesía que exige, como es de suponer, un lector/traductor muy especial: “hechicero, místico e imponderable” (9) quien traducirá a lenguaje poético humano la poesía de este Dios “errante” que se manifiesta precisamente en la conformación

⁶ Cuando se lee a partir de un corte dual, el riesgo de una sobre simplificación binaria siempre permanece. Esperemos que nuestra apuesta de lectura no nos juegue en contra.

del fiordo patagónico. Bien vistas las cosas, sin embargo, el “errante” no es Dios: para leer y traducir la “escritura” de Dios habrá que errar por los vericuetos de un paisaje recién salido de la creación originaria; el sujeto lírico es, pues, el transeúnte de esos pasajes inexplorados, de modo que el paisaje, al ritmo del desplazamiento y de las palabras, se vuelve humano, o sea, se vuelve paisaje. Una manera de decir que la poesía de Paredes, como cualquier otra poesía que se sustente en ideas fuerzas similares, se vuelve ocupación semiótica de territorios “ahumanos” arrancándolos de su irrepresentabilidad adánica: es la inscripción emocional del fiordo que da paso a una mística secular que termina privilegiando el dominio del sujeto. La poesía y las fotografías (que retratan paisajes sin presencia humana) son su narrativa, su bitácora: registro de una errancia proyectivamente atribuida a un “Dios errante”. El sujeto llega a ser ese “Dios errante” que, al escribir, inscribe emocionalmente el fiordo: le otorga identidad.

Érase una vez...

Cuando Adán aún no terminaba su manzana
y entró luz como una vecina en la mañana.

Y en este minuto de silencio

el mar se desvistió de las impresionantes olas

y se fue anudando como un hombre de goma

hasta transformarse en roca dura (“Isla Duque York”, 75)

La “tradicción de la mirada”, que Galindo sitúa en la centralidad de la literatura patagónica, toma aquí la forma de una bitacora-génesis que arranca, en realidad, menos de la creación del mundo y mucho más de la apropiación humana –que se materializa como traducción a lenguaje poético– de una Obra ya terminada y disponible para su inscripción no solo en la emocionalidad del yo sino también en el devenir mismo de la historia. En el libro de Paredes este último aspecto aparece apenas insinuado a través de algunas alusiones a una historia presente ominosa en la que la violencia y la estupidez cobraron su tributo. Tal es el caso del poema “Isla Negra” (131), único poema que no alude a geografías australes,⁷ en el que el autor evoca a Neruda y a las circunstancias en las que falleció el vate. La insistencia en la negrura como símbolo de una historia actual de barbarie, que hallamos en el poema antes aludido, deja al entorno magallánico invisibilizado tras el telón de un reclamo furibundo contra la violencia de la historia política reciente de Chile, pero, en realidad, es un guiño que transmite un mensaje claro: las geografías patagónicas no están ajenas a una historia moralmente inaceptable.

⁷ Los títulos de los poemas del libro de Paredes son topónimos de islas y fiordos patagónicos, excepto “Isla Negra”.

Como fuere, inscribir emocionalmente el fiordo, el paisaje, es incorporarlo a la subjetividad de manera que ésta, a su vez, deviene geografía, se reconoce en ella, se unifica el “adentro” y el “afuera” en un gesto místico-poético que retiene el rasgo de la desmesura y grandiosidad del paisaje. La desmesura del paisaje es también la desmesura de un yo elevado a la condición de totalidad omniabarcante, copado por el paisaje, mistificado finalmente. Los versos últimos del libro remachan sin concesiones esta idea: “las soledades y los silencios/ Que acompañaron su viaje/ Caminarán en el domicilio de su alma” (241). El paisaje patagónico coloniza entonces el alma hasta volverla “paisaje” hierático, como el de las fotografías que acompañan a los poemas en las que cuidadosamente el sujeto humano ha sido desalojado de la lente. Visto así, la “inscripción emocional del fiordo” es más deshistorización del yo que historización del paisaje.

A los escritores magallánicos no les es ajeno el hecho de que el paisaje patagónico tiene un peso representacional de tal magnitud que la imaginación literaria se ve sobre determinada por las resonancias metafísicas del entorno natural perfilándose así una imaginería de la desmesura. El entorno natural no se agota, sin embargo, en el solo relevamiento literario de sus particularidades propiamente paisajísticas. La desmesura del paisaje es también la desmesura de una situación en la que la vida humana se vuelve a veces trágica, a veces heroica, movilizada por pasiones y comportamientos que convierten a los sujetos en metáforas y símbolos que nos retrotraen a momentos históricos, y aun geológicos, fundacionales. La naturaleza y la vida humana constituyen una continuidad concretizada en la contemplación de las grandiosidades de un paisaje que transporta al sujeto a una especie de trascendencia contemplativa que puede tomar la forma de un viaje por los fiordos patagónicos, al modo del desplazamiento místico-poético de Basho por las sendas de Oku.⁸

Mas también puede tomar la forma de un encierro y recogimiento en un lugar “místico”. En esta última línea se inscribe el *Libro del frío*, de Juan Pablo Riveros, en el que su autor traduce a lenguaje poético las anotaciones que el almirante Richard Byrd hiciera en su bitácora en la que registra su estadía en Base Avanzada en la noche polar de 1934, en territorio antártico. Riveros acude a una fuente histórica para construir el relato poético de una subjetividad que se hace con la experiencia de estar ahí, en los hielos antárticos, en soledad absoluta, viajando hacia las profundidades del paisaje interior que se hace visible precisamente porque se contempla y se explora en profundidad el paisaje que rodea al personaje solitario en la noche polar. Riveros sugiere, una vez más, un viaje a los primeros días de la creación: “Seres pelágicos,/ miramos la noche estrellada de un universo antiguo” (“Big Bang”, 101); así Riveros

⁸ Remito al lector interesado en Basho a la notable versión de Octavio Paz y Heikichi Hayashiya, que incluye un documentado estudio introductorio.

formula la visión de lo primigenio que (imagina que) tuvo Byrd en su larga noche de soledad y frío. Si la extrema hostilidad climática hace de la Antártica un locus amoenus invertido, la singularidad de su clima lo vuelve el locus de la iluminación introspectiva y panteística, lo que viene a subrayar cuán indisociable es la relación sujeto-paisaje cada vez que la visión mística o contemplativa del existir copa el discurso.

En este libro la inhumanidad del paisaje es la otra cara de la humanidad de un yo puesto implacablemente ante el espejo de su propia e infinita pequeñez y de su desmesurada pretensión de decir lo indecible. Los informes sobre flora y fauna de Byrd, convertidos en informes-poemas ecológicos por Juan Pablo Rivero, son descripciones que están lejos de agotarse en el recuento de lo efectivamente visto o experimentado. El tono “informativo” de estos poemas es en realidad polidimensional: se deja testimonio de lo visto por Byrd y se proclama, de paso, que con el testimonio de Byrd se puede atestiguar hoy, no en 1934, el valor probatorio de una poesía “realista” que fija los ojos en el último territorio del planeta que aún no ha sido intervenido por la industria. Como sucede con buena parte de la literatura patagónica, se trata de un libro concebido como un viaje; solo que es un viaje a “la soledad de un tiempo inexpugnable”, a “la última edad de hielo” (13). Y el compromiso ecológico que destilan los poema-informes cobran un valor asociado a un gesto de radical transparencia del yo: la subjetividad se neutraliza a un punto tal que los seres observados son la escritura, con lo que se atestigua la grandeza de lo contemplado en proporción inversa a la pequeñez de quien observa.⁹ No estamos tan lejos de lo que en la experiencia mística se conoce como “vía unitiva”; solo que aquí el vaciamiento del yo mundano acontece para que el yo se vuelva mensajero de la misteriosa grandeza de una tierra antigua en la que reina “la implacable soberanía del frío” (14).

Esta mistificada relación sujeto naturaleza –que termina por un lado o por otro hiperbolizando ciertos rasgos de la identidad de los sujetos y de los objetos con los que los primeros interactúan– se despliega en una transtextualidad que sorprende. A primera vista, no podría ser más distinta la figura del almirante Richard Byrd (convertido en voz lírica por Riveros) comparada con la del “ovejero” que hallamos en “El ovejero de mi tierra”, de José Grimaldi, un poema muy popular en Magallanes. Se trata de una imagen-símbolo que, de un modo abstracto pero afinado en lo que podríamos llamar populismo emocional, alude a un oficio y a los trabajadores que lo ejercen. Pero las diferencias se difuminan en cuanto observamos que Grimaldi dibuja los elementos

⁹ Como muestra, un texto de la sección “Informes”, Parte IV: “Pero el ecosistema marino es rico y estable./ El fitoplacton./ minúsculas partículas de polvo,/ y plantas y animales microscópicos,/son la fuente principal de producción primaria./ El zooplacton y peces de aguas profundas/ atan todas las especies/ bentónicas y pelágicas./ Así,/ el krill ocupa el lugar central en toda la red alimentaria./ Pasando por el krill/ la cadena que va desde el fitoplacton/ a las Ballenas, es corta,/ frágil/ y susceptible de quebrantamiento” (“Informe II” 164).

como poderosos agentes que conforman la naturaleza de un sujeto esencialmente estoico y trágico, que termina haciéndose uno con su entorno en un gesto que no se reduce a simple adaptación al medio físico:

el símbolo viviente
 del empuje y la paciencia,
 frente al viento que lo curte
 y el silencio que lo aprieta
 [...] Yo lo he visto muchos días
 empeñado en su tarea.
 Y lo he visto muchas noches
 contemplar a las estrellas. (36).¹⁰

Esta imagen del ovejero no es distante de las representaciones de los sujetos que hallamos en Paredes o Riveros en lo que concierne al despliegue de esa utopía ontológica que imagina a los humanos unificados con el mundo natural, así no sea para el cumplimiento de un destino trágico. Ciertamente que la imagen idealizada que proyecta Grimaldi del ovejero difiere en mucho de la de Byrd o la del “flâneur” patagónico de Paredes. En el poema de Grimaldi, la Patagonia entera se simplifica en una imagen pastoral de rudeza y soledad, pero igualmente de libertad (individual) gratificante, algo que contrasta con lo que efectivamente ocurrió en el curso del desarrollo de la industria lanera, en la cual el ovejero era una pieza sobre explotada, nada romántica, del engranaje productivo de las grandes estancias magallánicas.

Aun así, o acaso por esto mismo, el poema de Grimaldi trae a la memoria aquella época (primera mitad del siglo XX) en que la industria ganadera ovina estaba en sus puntos más altos, industria en la cual el humilde ovejero cumplía un rol fundamental. De manera que el poema de Grimaldi habría que leerlo también como un genuino reconocimiento a un representante de la clase obrera que, por la naturaleza de su oficio, se prestaba para una imagen literaria en la que confluyen referencias reales al campo Patagónico (al oficio de ovejero, en rigor) y a la tradición de la poesía romántica pastoral.

¹⁰ El poema de Grimaldi se recoge en *Historia de la literatura de Magallanes*. Citamos desde esta fuente. José Grimaldi (1911-1992), cuya escritura se sitúa en el registro de la poesía popular oral, es considerado el poeta regional por excelencia; su poema más famoso, “El ovejero de mi tierra”, está grabado en bronce en el Monumento al Ovejero que se levanta en la calle Bulnes en Punta Arenas. De hecho, las crónicas de época aseguran que del poema surgió la idea de esculpir un monumento (cf. *La Prensa Austral*. 70 años de noticias), el cual fue inaugurado en 1944, con la asistencia del presidente de la República de entonces, Juan Antonio Ríos; su financiamiento corrió por cuenta del ganadero Francisco Campos Torreblanca, padre del escritor Enrique Campos Menéndez quien, en 1986, sería galardonado con el Premio Nacional de Literatura.

El problema es que cuanto más se idealice al ovejero, mayor es la loa a la industria lanera, clave para la colonización magallánica, que en los tiempos de Grimaldi (años de 1940) pudo parecer providencial, eterna, aseguradora del progreso, constructora de una identidad esencialmente gratificante; pero que en realidad no tenía nada de pastoral.

LA MIRADA CONTRAPASTORAL: LOS HILOS DE LA HISTORIA

Cuando Francisco Coloane recuerda su “primer encuentro con la pampa patagónica”, lo primero que hace notar es su impactante experiencia ante un paisaje grandioso y brutal:

Tan despiadado había sido aquel invierno que se encontraron puesteros aplastados por sus ranchos, y otros helados junto al fiel perro muerto con su amo [...] ¿Dónde está la Patagonia? pregunté a mis diecisiete años, mientras buscaba trabajo en la ciudad de Punta Arenas:

—Por allá, me contestó alguien, con un gesto de uno de sus brazos que abrazó todo el cielo del Este.

Miré. Una franja azul celeste se abría bajo un techo de nubes vaporosas, y el sol de la tarde era un reflector lejano que alumbraba una tierra promisoría menos oscura y oxidada que esas casas de zinc de las calles de Punta Arenas cercanas al río de las Minas (5).¹¹

La “tradición de la mirada” dibuja aquí el vago horizonte de una inmensidad en la que ningún punto es verdaderamente delimitante, salvo las casas de zinc oxidado cercanas al río de las Minas. Digamos que Coloane se ocupa de establecer una cruda diferencia entre el campo y la ciudad: entre el espacio abierto que se tiene al frente y “la capital, el pueblo grande, una forma distintiva de civilización” (Williams 25), que a los ojos de Coloane se define por la inadecuación entre la “tierra promisoría” y la miseria de esos asentamientos humanos junto a un río que entonces arrastraba los oscuros sedimentos de minas de carbón hoy agotadas. Naturalmente esta inadecuación afecta solo a quienes no han sido los favorecidos por la fortuna. No lejos del río de las Minas, en zonas alledañas a la plaza Muñoz Gamero, se levantaban por entonces los magníficos palacetes de la clase acomodada, construidos por aquellos colonos que consiguieron, a la vuelta del siglo XX, amasar fortunas inmensas. Coloane ve en las riberas del río los desechos de la acumulación originaria que acaba de consolidarse en un territorio ubicado

¹¹ Aludimos a Coloane en su condición de cronista evocador de experiencias patagónicas personales (“Galopes en la Patagonia. 1928”). En este registro, a Coloane lo inscribimos en un marco de sensibilidad más cercano a la lírica que a la narrativa.

en los confines del occidente capitalista, frontera privilegiada entre la civilización y la naturaleza; un territorio en el que los Estados nacionales (Chile y Argentina), incluso en los tiempos de Coloane (el episodio narrado se remonta a 1928), eran solo una presencia militar-policial y administrativa diseñada para amparar y subsidiar la colonización magallánica dejada en manos de la empresa privada.

La brutalidad de la colonización y del progreso magallánico en verdad poco o nada le debe a la desmesurada inmensidad, soledad o dureza de los paisajes australes. Por el contrario, el paisaje, como lo sugiere Coloane, es para los pobres tan despiadado como promisorio, tan terrestre como aéreo. La violenta instalación del “progreso” en estos territorios se explica más por la naturaleza esencialmente violenta, laminadora, invasiva y colonizadora de la expansión capitalista, que es, al mismo tiempo, la implacable expansión del Estado nación decimonónico. Desde luego, el carácter violento de la expansión se manifiesta con singular dureza cuando ésta acontece en los bordes de la civilización, ahí donde no existen –donde no se quiere que existan– más regulaciones que aquellas que la propia lógica de ocupación impone para efectos de su ejecución y consolidación. La naturaleza aún no intervenida y la población nativa no occidental terminarán pagando el más alto de los precios. De cualquier modo, el paisaje patagónico deja marcas indelebles en la evocación literaria, tanto que las miserias y estropicios de la expansión capitalista quedan por momentos neutralizados por la potencia envolvente del paisaje: “Tierra para mí sobrecogedora –nos dice Coloane al concluir su crónica–, inolvidable y amada; el hombre que se ha estremecido en sus misterios quedará amarrado para siempre en sus recuerdos” (26).

Tan enfático como Coloane es Rolando Cárdenas a la hora de dibujar lo que a él se le figura una indisoluble relación entre territorio, paisaje magallánico y subjetividad:

Viaja la tierra y la circunda el mar,
 esta tierra tan dispersa en este mar tan misterioso.
 Si ella cambia de lugar, su voracidad nos acompaña sin descanso,
 si nos alejamos de él, sigue resonando en nosotros.
 No hemos elegido esta tierra,
 ella nos habita desde entonces con su luz nocturna,
 con esa claridad que precede a las lluvias,
 con la nieve que blanquea en las noches de los árboles deformes,
 con su oscuridad más honda y sus vegetales dormidos,
 y con todo lo brusco del comienzo de sus catástrofes.
 Para acostumbrarnos a ella invocamos el sol (“Viaja la tierra y la circunda el mar”, 107).¹²

¹² El poema forma parte del libro *Poemas migratorios*, publicado en 1974. Citamos de *Obra completa*.

El lar patagónico suscita sentimientos encontrados: la identificación adánica coexiste –termina unificándose– con la representación de un paisaje de belleza feroz, en el que la vastedad metafísica va de la mano con una soledad abrasadora tanto como con una esquivada promesa de plenitud que, como el horizonte de la pampa, se vuelve siempre inalcanzable. La experiencia del misterio se conforma en una relación emotiva que el sujeto establece con un paisaje grandioso ante el cual el ser humano se vuelve un observador compungido por una extrañeza que lo desborda. Pero el misterio cobra igualmente la forma de un relato de la ferocidad humana que casi siempre tiene rostro de piel blanca: es el misterio de la inhumanidad que, cual hipnótica luz, obliga a muchos escritores a incursionar en esa zona otra de la civilización.

No es azaroso, pues, que la declaración de amor a la tierra patagónica que suscribe Coloane (y también Paredes y Cárdenas, entre muchos otros) se haga a renglón seguido de la constatación de la estremecedora inhumanidad humana:

Así fue como conocí –nos dice Coloane–, en ese mundo tan lejano, una lobería, y los ataques despiadados del hombre para exterminar centenares de lobitos recién nacidos, ya que esa es la piel codiciada por los adiestrados peleteros. Tuve la impresión de que la isla estaba pariendo, y sentí como un desgarró el gemido de esa naturaleza creadora (26).

“Luz nocturna”, noches blancas de “árboles deformes”, “obscuridad más honda”, “brusco comienzo de catástrofes” son, en el registro lírico de Cárdenas, expresiones equivalentes a las de la crónica de Coloane a la hora de configurar y narrativizar una subjetividad que se hace en y con el paisaje. La Patagonia, sus fiordos, la pampa, sus ciudades, constituyen un lar contradictorio, que brinda experiencias de sosiego, de arropamiento, tanto como de trauma y extrañeza bestial. La experiencia del misterio termina suscitando una pregunta sin respuesta: ¿por qué amar una tierra en última instancia cruel, un infierno luminosamente frío, desolado, en el que la piedad carece de sentido y lugar? Las flores del mal crecen igualmente, y acaso con mayor frondosidad y eficacia, en las fronteras civilizatorias de la modernidad.

En uno de los textos iniciales de *De la tierra sin fuegos*, de Juan Pablo Riveros, la naturaleza, que en Paredes es adánica, aquí más parece apocalíptica:

Siempre el mismo paisaje barrido,
 las mismas tormentas, el mismo
 corte, la misma espesura de bosques
 y las móviles turberas siempre las mismas.
 Corazas de hielo gruñen
 en el fondo de los fiordos.
 En parte alguna, la ternura
 de un cambio (“Archipiélago I” 19).

En esta naturaleza, carente de la más mínima ternura, ¿qué otra historia podría acontecer que no sea aquella que reproduce en el escenario humano la violencia del orden natural? Esto cobra aún más sentido en la medida en que insistentemente hallamos en la literatura patagónica la idea de que el sujeto no se puede disociar de la naturaleza en tanto ella, como ya hemos adelantado, conforma la subjetividad. La imagen de fiereza del orden natural presta ropa a la idea de que el genocidio étnico pueda ser visto como una especie de extensión de esa fiereza original a la historia humana, o, desde otra perspectiva –pero que apunta a lo mismo–, la barbarie podría interpretarse como anomalía humana en tanto víctimas y victimarios son sujetos de (y sujetos a) una naturaleza anómala, monstruosa. Es una ecuación peligrosa contra la que el propio Riveros se enfrenta con armas que no vienen necesariamente de la historización radical de la memoria. La hostilidad desmesurada de la naturaleza que hallamos en el poema inaugural de la sección “Naturaleza”, primera sección de *De la tierra sin fuegos*, da paso, al final del libro, a la imagen del indígena “manso”, “leve”, “diligente”, “tenaz”, “dulce”, armoniosamente unido a la naturaleza en suma. Son caracterizaciones con resonancias cercanas al estereotipo del “buen salvaje” entrelazadas con reminiscencias de un comunismo primitivo que exhibe visos de “edad dorada”:

¿Dónde están, onas? ¿Dónde
yagán manso, leve alacalufe?
¿Dónde hombres diligentes,
mujer tenaz?
¿No cogeréis más, gacela, dulce
yagana, moluscos a la orilla del mar?
¿Dónde está tu pueblo, Temáuquel?
¿Dónde tus marinos, Watauinewa?
Preguntádselo a Kolliot.
Murieron de Occidente (“Despedida de Martín Gusinde” 176).

No obstante estas imágenes y estereotipos en tensión, el programa narrativo-poético de *De la tierra sin fuegos* sí se hace cargo de un pasaje de la historia nacional que avergüenza a Chile y que retrata de cuerpo entero a sus élites modernistas carentes de empatía hacia el indígena. Como Dante, que recorre los círculos del infierno bajo la guía del poeta Virgilio, el sujeto lírico de *De la tierra sin fuegos* recorre Karukinka “bajo la guía impertérrita de Gusinde y las sombras que aún persisten en las huellas y playas de Karukinka” (Riveros 7).¹³ El libro, como el de Paredes, es un recorrido por

¹³ “Kurulinka: En ona significa nuestra tierra; con ella designaban a Tierra del Fuego, territorio en el que vivían.” Nota de Riveros, 221.

lugares, pero, a diferencia de lo que hace el mismo Paredes, es también un implacable recorrido por el segmento tal vez más macabro de la sangrienta historia del progreso magallánico como lo fue el exterminio indígena.

A la ocupación territorial emprendida por el Estado chileno y colonos, que derivó en campos de concentración, misiones, aculturación forzada, limpieza étnica, Riveros le otorga un valor acusatorio por sí misma; a la vez la relata como historia que anticipa los campos de concentración de prisioneros políticos que la Junta Militar instalara en 1973 precisamente en Isla Dawson. Aunque, si se invierte la mirada, el campo de concentración de Isla Dawson de 1973 vino a evidenciar, siempre siguiendo a Riveros, que lo que la historiografía magallánica describe como misiones evangelizadoras de indígenas en las primeras décadas del siglo XX (e. g. Misión Salesiana en Dawson) fueron, a su hora, y quizás contra las buenas intenciones de los misioneros, campos de concentración, pues su lógica de exterminio ideológico y cultural resultó a la larga ser la misma que la de los campos en dictadura:

A un ritmo catastrófico, la muerte
 resolvió definitivamente el problema
 de la adaptación indígena.
 Y en 1911, septiembre,
 expiró el contrato de la Misión en Dawson
 con un cementerio de ochocientas tumbas.
 Dawson quedó a la espera (“Dawson I” 75).

El esfuerzo de historización de la memoria magallánica corre, de acuerdo con el propio poeta, por un doble carril: “estimular la conciencia pública del país respecto de la tragedia de los primeros habitantes de nuestras tierras del sur” (Riveros 7) y “[hacer saber] del trabajo de Gusinde” y de su silenciamiento posterior en Chile: “apenas se sospechan las razones de su partida silenciosa de Chile luego de sus denuncias y de su última expedición en 1924” (Riveros 7). El horror de la historia, así como el silenciamiento forzado por la censura, Riveros los sitúa en un tiempo continuo que va desde la colonización decimonónica hasta la dictadura militar y económica de derecha de los años 70 y 80 del siglo pasado.

Como ya se ha dicho, en el imaginario poético de la Patagonia la historia resulta inseparable del paisaje y la naturaleza. La magnitud cósmica con que la naturaleza suele ser representada en la poesía se vuelve un llamado a la memoria de tiempos geológicos que desbordan cualquier historia humana, de manera que la palabra poética es en realidad la pobre traducción que hace el poeta-cronista de un lenguaje-materia originario, lenguaje que, en última instancia, se define como indecible e intraducible. Lo “estrictamente histórico” en cierto modo nunca es estrictamente histórico en tanto resulta manifestación específica de “Archipiélagos naturalmente/ torturados.

Pulverizados mares” y el viento “soberano/ del hemisferio Austral” es al mismo tiempo “el viento Dictador” (“Vientos”, Riveros, *De la tierra sin fuegos*, 24). De un modo u otro la historia es naturaleza.

Aunque lo cierto es que el horror de las tierras patagónicas no viene del frío ni de la nieve; viene de un Occidente homicida (“murieron de Occidente”, dirá Riveros, refiriéndose al genocidio indígena) que no se detiene ante nada con tal de asentarse ventajosamente en territorios que han de tornarse, por la fuerza, funcionales a sus proyectos de expansión capitalista. No fue la falta de piedad del invierno la que mató a los puesteros y a sus perros; fue la aplastante miseria en la que vivían; fueron las pésimas condiciones de trabajo que alimentaron la plusvalía de las grandes estancias ganaderas de Magallanes y engordaron las fortunas de personajes como Mauricio Braun, José Nogueira y José Menéndez, emparentados entre sí.¹⁴ La frontera civilizatoria poco tiene que ver con el paisaje y la naturaleza; sí con ocupaciones invasivas de territorio, con choques culturales, con la aculturación forzada y, a poco andar, con el exterminio de etnias completas, con luchas obreras sofocadas sin piedad, con sangrientas insurrecciones contra el Estado central a su turno ferozmente reprimidas (v. g. motín de Cambiazo 1851, motín de los artilleros 1877), con conflictos de intereses en el interior de la élite local oportunamente morigerados por las autoridades políticas y espirituales locales. Sin embargo, no es extraño que la desmesura de la inhumanidad se unifique con la desmesura de la naturaleza: es la respuesta literaria a lo que, bien mirado, delata la dificultad de comprender y aceptar la historia trágica que no sea atribuyéndole un sentido cósmico, misterioso y vasto, como el que se le puede atribuir a la naturaleza patagónica. De paso, esta configuración imaginaria se presta para el sostenimiento de la idea –tan cara a cierta historiografía local– de que los actos de soberanía chilena en las tierras australes son hechos providenciales y épicos.¹⁵

¹⁴ Sobre estos y otros personajes que han hecho historia en los territorios australes, desde Antonio Pigafetta en adelante, el lector hallará una ordenada información en Patagonia y Antártica. Personajes históricos, de Nelson Toledo.

¹⁵ Martinic, al relatar las primeras etapas de la instalación de la ganadería a gran escala, no oculta sus admiración por los “esforzados colonos”. “El diligente mandatario [se refiere al gobernador Manuel Señoret], preocupado por hacer efectiva la soberanía nacional en los feraces valles de Última Esperanza, autorizó en 1893 la ocupación de terrenos al ex-capitán de la marina mercante alemán Hermann Eberhard, quien el año anterior había penetrado por la vía marítima hasta los fiordos interiores. Tras Eberhard petitionaron y obtuvieron tierras un grupo de esforzados colonos germanos, Rodolfo Stubenrauch, Hermann y Augusto Kark, Claudio Glimann, y británicos, Juan Tweedie, Jorge Patton y Walter Ferrier, entre otros, quienes dieron comienzo a la colonización ganadera de esa rica región subandina que en muy pocos años demostraría con su producción la bondad de sus campos.” (61). Nótese la mirada de matriz pastoril que le hace ver “feraces valles” y bondadosos campos. En Paredes, por ejemplo, la matriz pastoril

LA ÉPICA CONSERVADORA ECLIPSADA: SOBREVIVIENTES DEL PROGRESO

La literatura magallánica durante cinco décadas estuvo anclada en la exaltación del paisaje, del colono, del ser magallánico heroico destinado a la hazaña de conquistar esta tierra. A fines de la década del 70 se produce una ruptura a través de la poesía. Son los poetas los que incorporan temas inéditos a la literatura de Magallanes. En esto cumple un rol importante Aristóteles España con su libro *Dawson*, que aparece en 1978, en una edición artesanal, firmado con el pseudónimo de Andrés Tales. Es un libro testimonial, primera vez que un autor magallánico aborda en extenso el tema social y político, con una poesía de protesta, de denuncia.¹⁶ Se abrieron compuertas a temas que fueron luego desarrollados en los años 80 y 90 por autores como Oscar Barrientos, Christian Formoso, Juan Magall, Marcela Muñoz, yo mismo [...]. Sin embargo, en estos territorios es prácticamente imposible para un escritor no tener el paisaje incorporado, porque la presencia del paisaje es muy poderosa [...] queremos sí humanizar el paisaje.

Es así como Pavel Oyarzún (entrevista personal, 2012) describe la situación de la literatura magallánica de los últimos 30 años en relación con la historia y su imbricación con el paisaje. Es, pues, una literatura que se ha visto en la encrucijada de desarmar un encadenamiento de imaginarios “tradicionales” muy arraigados en la identidad patagónica que no hacen justicia a las violencias de la historia. Historizar las materialidades geológicas, las geografías de la desmesura, que no caben en temporalidades propiamente humanas, inaugura un intríngulis de contradicciones que se agudizan todavía más cuando la historicidad reciente se imbrica con actitudes panteístas ante el paisaje leído como metónimo de edades antiguas, míticas. Quizás esto explique mistificaciones que se instalan en la poesía a contrapelo, incluso, de propósitos y programas estéticos explícitamente orientados a lo que Oyarzún llama ruptura.

Si Cárdenas retiene a la Patagonia austral en una memoria literaria que evoca más una atmósfera de presencias fantasmales que una representación realista de los lugares –hecho que resulta consistente con su temprana y definitiva emigración de su tierra austral de origen–, Paredes hace lo propio elaborando igualmente una retórica de ensoñación que, sin embargo, se pone al servicio de la inscripción emocional de la

deviene narrativa del peregrino que le hace ver en los fiordos terrenos de iluminación mística, de reencuentro espiritual consigo mismo y con el mundo material.

¹⁶ Primera vez en la poesía. En narrativa, Coloane en algo había adelantado el descubrimiento de las tragedias patagónicas, principalmente en sus cuentos.

poderosa presencia del paisaje experimentado, pareciera, in situ. Riveros reescribe, en clave poesía, documentos que relatan y retratan de primera mano experiencias con un mundo patagónico que se presenta como ventana al pasado histórico o aun geológico. Es una escritura de segundo orden, si se quiere, pero que se convierte de primer orden cuando el reciclaje escritural se ve como registro de un ejercicio de memoria con el que se atestigua cuán urgente es que el presente de la escritura supere la reificación de su propio pasado.

No es una tarea sencilla ni hay garantías de una efectiva y emancipadora historización del pasado. De un modo nada ancilar, son textos inaugurales de una literatura cuya tradición no tiene todavía un siglo, de manera que los modelos de representación de lo local más inmediatos suelen ser textos cronísticos, etnográficos, diarios y bitácoras de viaje y similares que sí tienen una más larga tradición (cinco siglos, desde los tiempos de Magallanes y Sarmiento de Gamboa) y que relatan una y otra vez las durezas de un entorno abrasador. A lo que habría que adicionar la memoria oral y ciertos discursos del Estado chileno –muy ad hoc para las zonas extremas del territorio nacional– que machacan la idea de que Chile es un país construido a punta de esfuerzo y emprendimiento sin importar las condiciones de sobrevivencia y trabajo por más duras que sean. Dado esto, no es extraño que una poesía escrita hacia finales del siglo XX, lejos ya de los buenos tiempos de la industria lanera, retenga y cultive el imaginario de una Patagonia como lugar especialmente hostil en el que los sujetos se hacen con los rigores de los elementos y contra ellos. Una actitud que la acerca a aquella historiografía local conservadora que lee la historia magallánica básicamente como un ejemplar relato de progreso contra la apabullante y bella ferocidad de la naturaleza.

No es extraño tampoco que esta matriz de imaginación y sensibilidad coexista con aquella que desarma las mitologías fundacionales locales atendiendo a hechos y documentos silenciados por la historia nacional (como los escritos de Gusinde, por ejemplo). Democratizar la memoria fundacional incorporando a las víctimas del progreso se vuelven urgencias éticas de un discurso poético que ya no se conforma con la representación hierática de postales paisajísticas. Historizar, sin embargo, no es necesariamente lo contrario de mitologizar o mistificar, menos cuando la imaginación poética se ve impelida a dar cuenta de su tiempo apelando al reforzamiento de una cierta singularidad territorial que, en el caso de la Patagonia, pasa por no poder ignorar la violenta desmesura del paisaje y la tragicidad de su historia.

Como sea, la prevalencia en la poesía magallánica contemporánea de actitudes favorables al rescate e incorporación al imaginario historico-territorial local de voces silenciadas convierte a la poesía, a la literatura en general, en una práctica política conducente a un cambio de correlación de fuerzas discursivas constitutivas y constituyentes de la identidad magallánica. O sea que la autocomplaciente narrativa del progreso tendrá ahora que coexistir, ceder terreno en definitiva, a las narrativas de la denuncia histórica tanto como a aquellas que instalan, todavía de un modo ambiguo,

mistificado, representaciones sobre la naturaleza que se erigen más o menos a contrapelo de estereotipos “criollistas” pero que no están exentas de mistificaciones y antropocentrismos insostenibles.

Juan Pablo Riveros, Pavel Oyarzún, Christian Formoso, Aristóteles España (fallecido en 2011), entre otros, son poetas de fines del siglo XX y comienzos del XXI que han lidiado contra la implacable literalidad de la historia. La misma que tiende a copar la imaginación poética instalando en ella el riesgo de un adelgazamiento imaginativo y retórico resultado de una reactividad puramente indignada ante una cierta narrativa que no ve o no quiere ver la barbarie. Ante los lugares y paisajes, ante la historia contada a la medida de los vencedores, ante los estereotipos identitarios, estos poetas patagónicos viven una especie batalla épica; se enfrentan a la invasiva ocupación de la subjetividad de parte de los estereotipos asentados en la más conservadora tradición de la identidad patagónica (de la que no pueden sustraerse del todo).

Es una tarea mayor sin duda. Precisamente la que compete a una literatura impelida a compatibilizar imaginerías y realidades locales de antes y de ahora con las estéticas internacionales de la modernidad literaria. Es una poesía altamente dependiente de cronistas, viajeros, etnógrafos de antaño, tanto por la práctica de la reescritura de textos referenciales de otra época como por la emulación de la práctica misma de registrar lo que se ve, lo que se vive. Pero es también una poesía consciente y consistentemente metatextual, que se nutre de la vasta tradición de la poesía occidental moderna, más cerca, eso sí, de poéticas que sustentan narrativas totalizantes que de aquellas que celebran la consabida fragmentación post. Hay demasiada realidad todavía que contar en la Patagonia como para aventurarse en la gozosa –que aquí sería irresponsable– *jouissance* de la desrealización postmoderna.

BIBLIOGRAFÍA

- Agosto, Patricia (comp.). *Patagonia: resistencias populares. A la recolonización del continente*. Rosario: Ediciones América Libre, 2008.
- Basho, Matsuo. *Sendas de Oku*. Octavio Paz y Heikichi Hayashiya, trads. Barcelona: Seix Barral, 1981.
- Cárdenas, Rolando. *Obra completa*. Punta Arenas: Corporación Cultural del Sur, 2001.
- Coloane, Francisco. “De cómo murió el chilote Otey”. *Tierra del Fuego*. Santiago: Andrés Bello, 1999: 93-110.
- . “Galopes en la Patagonia, 1928”. *Patagonia*. Fotografías de Jack Ceitelis. Textos de Francisco Coloane. Santiago: Grijalbo, 1999: 5-26.
- Galindo, Oscar. *Texto de contraportada de Inscripción emocional del fiordo patagónico*, de Pedro Paredes. Punta Arenas. Comercial Atelí, 2002.

- La Prensa Austral. 70 años de noticias 1941-2011*. Suplemento. Punta Arenas, 25 de agosto de 2011. www.laprensaaustral.cl/files/suplementos/lpa70_Parte1.pdf [10-1-2013].
- Livacic Gazzano, Ernesto. *Historia de la literatura de Magallanes*. Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes, 1988.
- Martinic, Mateo. *Breve historia de Magallanes*. Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes, 2002.
- Montes, Graciela. “El mundo como acertijo”. *La insignia*, 19 de mayo de 2001. http://www.lainsignia.org/2001/mayo/cul_069.htm [10-1-2013]
- Oyarzún, Pavel. *El Paso del Diablo*. Santiago: Lom, 2004.
- . *Entrevista personal*, audio. Punta Arenas, 27 de enero de 2012.
- Paredes, Pedro. *Inscripción emocional del fiordo patagónico*. Punta Arenas. Comercial Atelí, 2002.
- Riveros, Juan Pablo. *De la tierra sin fuegos*. Concepción: Cosmoginón, 2001.
- . *Libro del frío*. Talcahuano: Cosmigonón Ediciones, 1998.
- Toledo, Nelson. *Patagonia y Antártica. Personajes históricos*. www.Palibrio.com, 2001 (ebook).
- Williams, Raymond. *El campo y la ciudad*. Trad. Alcira Bixio. Buenos Aires: Paidós, 2001.